

Siempre me ha fascinado la música de Chopin. Lo he tenido todo en la vida, pero cuando escucho alguno de sus *Nocturnos*, de sus *Estudios*, o de sus *conciertos para piano y orquesta*, siento algo inalcanzable que me emociona hasta un extremo inapropiado para un asesino a sueldo como yo. Mi profesión es para hombres solitarios que moriremos jóvenes de forma imprudente después de derrochar el dinero que abarrotan nuestros bolsillos. Sin embargo, a mí la soledad me condujo a Chopin, a encerrarme en mi casa de fachada neobarroca de las afueras de Sintra, disfrutando de una vida tranquila y contemplativa solo interrumpida por los ocasionales trabajos que me salen.

Por eso, me sentí atraído por aquel encargo de Monique Lavoisier, la esposa del célebre pianista Szymanovski. Como la polilla a una llama.

Nos encontramos en un restaurante de una de las bocacalles que conducen a la Plaza Vendome de París. Sobre la mesa, el fuego de los candelabros oscilaba en los ojos de Monique que brillaban haciéndose líquidos, como febriles. Su largo cuello pálido conducía mi mirada a las facciones estilizadas de su cara. Los labios, rojísimos, se movían en la penumbra con tal gracia y sensualidad que parecía inverosímil que me estuvieran proponiendo un asesinato:

—Vladimir quiere que lo mate.

—Es muy fácil morir, ¿por qué hacerlo yo? Si él lo quiere, es un suicidio.

Sus manos de larguísimos dedos delicados, acompañaban cada palabra como si dirigieran una grácil melodía. Su pelo, recogido, dejaba a la vista la piel de melocotón junto a su oreja, donde los besos se detienen en el sublime juego del amor.

—Si se suicidara, no habría dinero del seguro. El domingo de la semana que viene dará un concierto en Madrid: el número 1 para piano y orquesta de Chopin, en el Teatro Real. Debe ser el último. Usted no puede terminar su trabajo hasta dos días después. Desde entonces, dispone de un mes. Él no se lo pondrá fácil. Huirá. Se esconderá. Si puede, se defenderá. Pero eso no le debe de importar. Dentro del mes que tiene, si lo hace en la primera semana le pagará cuatro veces más; en la segunda, tres veces más; en la tercera, el doble y si lo hace en la última semana, lo convenido.

La cifra era fabulosa, generosa hasta la desproporción. Imposible de rechazar.

—¿Por qué no me hace el encargo él? ¿No es acaso porque usted lo quiere matar?

Me pareció advertir que por momentos se acumulaba una lágrima en sus iris que temblaban, como porfiando por salir y escurrirse. Su perfume me alcanzaba como el aire fresco de una mañana de primavera. Una ola de deseo me hizo pretender que ella fuera la asesina.

—Son cosas que no le incumben. En el precio está incluido que usted no sepa más.

Cuando nos despedimos bajo la sombra de la colosal columna de la plaza sentí su marcha como un agujón.

—¿Volveremos a vernos?

—No deberíamos, pero quién sabe...

Al alejarse la quise ver como mi cómplice. Pensé en las vidas que uno no puede tener y, de vuelta para mi hotel parisino, mi ensoñación me hacía suponer cómo sería tenerla en mis brazos.

Los siguientes días estuve haciendo averiguaciones sobre Szymanovski. Un pianista célebre, con una agenda públicamente conocida llena de eventos por todo el mundo. Debía esperar para realizar mi trabajo, pero pensé que sería excitante poder escuchar ese último concierto de Madrid, disfrutar de esa última muestra de su talento en la maravillosa pieza de mi admirado Chopin.

El Primer concierto, en realidad, fue compuesto después del Segundo. Sucedió así porque Chopin había perdido las partes orquestales del Segundo antes de que pudiera publicarse. Por entonces, estaba enamorado de una joven, Konstancja Gladkowska. La atractiva joven tenía muchos admiradores y Frederic no se había atrevido a expresarle sus sentimientos. Tras unos conciertos en Austria en que cosechó el éxito, Chopin regresó a Varsovia donde leyó una crítica en la que se le definía como “un joven cuyo deseo de agradar al público va por delante del empeño de hacer buena música”. Entonces, furioso, decidió que se marcharía a Viena. Nunca llegó a declarar su amor a Konstancja, a pesar de que lo proclamaba constantemente con su música.

Al ver a Szymanovski entrar a la majestuosa sala del Teatro Real y saludar ceremoniosamente al público congregado, me di cuenta de que estaba saltándome una de las reglas de oro de la profesión: uno debe acceder al momento del homicidio lo

más frío posible, sin ninguna interacción con la víctima. Se necesita dormir tranquilo el resto de la vida. Lo miraba y era como ver a un cadáver que respirara, gesticulara, engañara por última vez a la vida.

Los acordes del concierto me embriagaron, me condujeron a ese estado de gracia que difícilmente uno alcanza en la vida. Como una superación, un trance místico que me hizo entender que esa música representaba el cénit de mi felicidad. Las manos de Szymanovski lo hacían posible y su magistral interpretación, arrebatada, en su deslizamiento mágico sobre las teclas del piano consiguieron conmigo algo inaudito. Me hicieron llorar. A un tipo como yo, un asesino que no considera en nada la vida de los demás.

El corazón de Chopin se guarda como una reliquia en Varsovia. Muchos de los que han conseguido llegar de verdad a la dimensión a la que nos traslada su música acuden a venerarlo como peregrinos.

Unos días más tarde, seguí a Szymanovski por Drottninggatan, la calle peatonal del centro de Estocolmo. Una fina lluvia escondía los rostros de los transeúntes bajo sus capuchas. Había entre nosotros la distancia suficiente para que no se sintiera seguido. Yo guardaba en el bolsillo de mi gabardina un estilete tan largo, como lo es de grueso un corazón humano. Él caminaba deprisa, mirando a un lado y a otro, desconfiado como un animal temeroso. Se metió por una callejuela y yo supe que era mi momento. A su espalda, apenas a un par de metros, recordé el comienzo del segundo movimiento del concierto y me dio por pensar en lo que se perdería con su talento. Vi su cara, la de un muerto. Me paralicé y sentí cómo en un momento dado él, como movido por una intuición, salió corriendo hasta desaparecer. Era la primera semana y advertí que mis escrúpulos me habían hecho perder mucho dinero.

Chopin estaba en París muy enfermo de tuberculosis. Tenía verdadero pánico a ser enterrado vivo y, ya moribundo, encargó a su hermana que le extirparan el corazón cuando muriera. Ella llevó a cabo su voluntad, lo metió en un frasco que llenó de coñac para que pudiera conservarse y lo llevó clandestinamente a Polonia, su país, al que tanto amó y nunca llegó a ver independiente. El corazón allí y el resto de su cuerpo en París.

Recibí un mensaje de Monique en el pequeño hotel de Frankfurt. En mi habitación la imaginé escribiendo, escogiendo las palabras más apropiadas para

dirigirse a mí. Había visto a Szymanovski pasear por el jardín de las Palmeras, caminar por Romemberg. Siempre solo, inquieto. Y yo, detrás.

Me miré en el espejo del cuarto de baño. Abrí el grifo y me refresqué la cara. Volví a observarme, goteando sobre el lavabo mientras buscaba la frialdad en mi gesto. Me sequé. Salí junto a la cama. Miré por la ventana y vi que en su habitación en el hotel de enfrente se apagaba la luz. Abrí el armario y saqué el maletín. Sobre la cama, monté cada pieza del rifle que encajaba perfectamente con un sonido metálico limpio y ajustado. Enrosque el silenciador hasta su tope. Me asomé por la ventana y por la mirilla telescópica controlaba la entrada principal de su hotel. Por fin lo vi salir. Tenía la diana de la mirilla justo entre sus ojos. Hizo una seña para parar un taxi alzando una de sus manos. Pensé en su música ese maravilloso camino hacia la nueva vida del corazón de Chopin cuyo latido nos hace seres especiales.

Apreté el gatillo y Szymanovski cayó fulminado.

El otoño en Sintra es más triste. El jardín se llena de hojas y cuando paseo por sus veredas me parece ver la casa más oscura.

Konstancja Gladkowska quedó asombrada cuando al cabo de los años llegó a conocer los sentimientos que tuvo hacia ella Chopin. Se casó con otro hombre y mucho después, ya viuda, dijo: “dudo de que Chopin hubiera sido tan buen marido como mi honesto Jozef”.

Es increíble el amor, los excesos que nos produce. Me refiero a la música de Chopin, hasta qué punto su inspiración superaba a la propia realidad. Así son los sueños, claro. Chopin y Szymanovski son cadáveres. Despiezados, corrompidos. Pero los sentimientos que nos despiertan sus obras no mueren nunca.

El otoño en Sintra es más bonito, me contradice Monique, se cuelga de mi brazo y reposa candorosamente su cabeza sobre mi hombro mientras paseamos.

—Contigo es diferente —me dice cuando hablamos de él.

Y yo quiero pensar, o mejor, quiero olvidar que pienso, que un hombre como Szymanovski no tenía razones para querer morir.